

jándose llevar por el natural resuelto que tuvo siempre, se acercó a Manuel con el niño en brazos, y separándole las manos del rostro le dijo en voz queda, mientras las lágrimas iban cayendo sobre sus manos entrelazadas:

—No te deseo mal alguno, Manuel. No te abandonaré jamás, ¿sabes? ¿Por qué lloras, pues?

Esas pocas palabras de ternura le conmovieron hasta el fondo del corazón. Era la primera vez que las oía.

Y buscando, entonces, la mirada de Dolores por miedo de abandonarse a la esperanza de una alegría milagrosa, topó con la cabeza redonda y los ojos abiertos del niño, que con cara desfigurada le miraba porque era el objeto que tenía más cerca.

El parecido exagerado del pequeñuelo con su padre removió los recuerdos de su juramento, que guardaba, y la palabra imposible que venía carcomiéndole, siendo su eterna pesadilla acudió a su memoria, obligándole a retroceder un paso.

Dolores, al sentir el esfuerzo que hacía para desprenderse de sus manos y sorprender la mirada de duda y rencor que se fijaba en el hijo del otro, que ventía a ponérse, como un nuevo obstáculo, entre ambos, sonrió adivinando todo lo que pasaba; y poniendo entonces el niño en los brazos de Manuel, le dijo bajo, tan bajo que casi él tuvo que adivinarlo:

—¿Verdad, Manuel, que no habrá diferencia alguna entre éste y los demás?

El lisiado sintió algo parecido a un aturdimiento de la conciencia al golpe de felicidad que acababa de recibir. Estaba tan poco acostumbrado a ello, que en su pecho estalló un gemido sordo, más parecido a una queja que a un grito de triunfo, al propio tiempo que iluminaba el fondo de sus ojos intensa alegría.

Al volverlos, resplandecientes y con un brillo particular por su alrededor, una claridad desusada le deslumbró.

Era la luna que, después de tantos días de permanecer escondida, dejando que el mal tiempo hiciese de las suyas, acababa de rasgar las nubes para lucir, otra vez, como reina y señora todo su poder, iluminando a la vez la alburia del paisaje y el primer almendro en flor, preludio y esperanza de la sonriente y fecunda primavera.



M.ª Mercedes Veñasco de Encinas

LA NOVELA FEMENINA

Año I / Núm. 15

M.^a Mercedes Veñasco de Encinas

Esta distinguida escritora, que hoy honra con su firma el cuadro de colaboradoras de LA NOVELA FEMENINA, cursó la carrera del magisterio con gran aprovechamiento, graduándose a los veinte años.

Luego marchó a América, recorriendo en viaje de estudio algunas Repúblicas del Sur y practicando durante un año la enseñanza americana en uno de los principales centros docentes de La Habana.

A su regreso a España, se dedicó de lleno al periodismo, colaborando en diversos periódicos de Valencia y Madrid. Popularizó el pseudónimo de «Mariolis».

En Barcelona se dió a conocer en «El Diluvio» y luego en diversas Revistas de carácter feminista, técnico o profesional. Alternando sus inquietudes literarias con los estudios científicos, se matriculó en la Facultad de Medicina, cursando Obstetricia y Cirugía, siendo nombrada alumna interna y consiguiendo al final de sus estudios la máxima mención.

Luego ha colaborado en la mayoría de las Revistas barcelonesas, y en el diario «Las Noticias», antes de que inaugurase su «Suplemento Femenino» y después de la fundación de éste, la firma de doña Mercedes Veñasco de Encinas no deja de aparecer en sus páginas, siendo muy leídas y comentadas sus interesantísimas crónicas.

* * *

Veamos ahora qué clase de feminismo es el que sustenta la señora Veñasco:

«Mi opinión acerca del feminismo? No puede ser más explícita, entusiasta y escuetamente definida. Ya lo dije en la Casa del Pueblo de Barcelona en mi conferencia «Mujer cautivadora y Cativa», en «El Concepto del honor asociado al del trabajo», pronunciada ésta en la Asociación de Alumnos y Ex alumnos de la Escuela Industrial de Villanueva y Geltrú, y en otras muchas: la mujer debe instruirse para emanciparse de la eterna tutela del varón, pero sin que esto quiera suponer que entable rivalidad ni pugilato con el masculinidad. Considero y diputo las mujeres, amigas, camaradas, iguales al hombre y situadas en un paralelismo de ideales coincidentes, mas nunca contrarios a los que el hombre sustenta. Considero asimismo lejana aun la deseada regeneración de la mujer, mientras ésta no abandone lamentables y arraigados hábitos de frivolidad y envidias intestinas que generalmente suelen malograr sus más plausibles iniciativas.»

* * *

Tal es la escritora que hoy ofrecemos a nuestros lectores. Con un talento nada común, una cultura sólida y un estilo personalísimo, doña Mercedes Veñasco de Encinas es de las mujeres que acreditan el movimiento feminista español, hoy en pleno resurgir.

Los desposorios de Odette

I

Cada tarde de todos los jueves, repetíase la misma sugestiva tertulia femenina, ya indefectible, como todo cuanto llega a constituir el fuerte arraigo de un hábito con viva predilección adoptado.

En pos unas de otras, acudiendo iban al gabinetito modesto, pero coquetón, delicadamente alhajado por las habilisimas manos de Odette, sus camaradas de estudios mercantiles.

Desde la escuela oficial de Comercio, *Place de Comédie*, apresuradas dirigíanse a la pensión donde residía la huérfana estudiante, pequeño refugio situado en lo más alto de un antiguo inmueble, que erguía su ciclopica fachada hacia la mitad de la *Rue de Madalon*.

Los «jueves de Odette» acabaron por atraer la atención expectante de todo el juvenil elemento escolar, debido a sus improvisados ágapes frugales, que, sin excluir lo selecto del más refinado gusto, reducíanse a un margen de exigua disponibilidad, así como no menos al aliciente deparador en que abundaban sus consabidas elucubraciones filosófico-socialísticas, versando siempre en torno al amplio sentido, que entraña la palabra mujer, a menudo tan comentada y debatida en nuestra gran época, tendente a proclamar la emancipación de todos los oprimidos.

Más de una vez, la autoritaria voz de Odette, atiplándose estridente como clarín de órdenes, hubo de reprimir desbordamientos de cálida elocuencia:

— Orden, demoiselles, orden!

Mientras, en el tejado fronterizo, algún gato aventu-

lero tránsfuga de la vecindad, disparaba oblicuas miradas inquisitivas, cual si averiguar intentase, qué significaran tamaños alborotos.

—¡Oh, fijaos en aquel espía! Desde el comienzo de nuestra asamblea permaneció inmóvil, impasible, cual misterioso personaje byroniano—advertía Odette, intentando aducir cualquier irónico pretexto, que a disipar bastase aquellos frecuentes nubarrones, a través de los cuales, amenazaban surgir exhalaciones peligrosas.

Agolpábense a la ventana, en racimo informe, las cabecitas avispasadas... y al descubrir lo irónico del ardid pacifista, estallaban las protestas.

—¿Has querido apagar nuestro fervor polemista, du chándonos con una de tus salidas de tono? Pero no ha de valerte...

Entretanto, torcido el curso de las discusiones acaloradas, conseguía Odette reconciliar momentáneamente a las más levantiscas de sus contertulias.

Ninguna tan hábil para insinuar temas escabrosos, como la norteña francesita *Ivonne*. Era ésta de una plasticidad ostentosa, turbadora y espléndida. Uno de esos excepcionales tipos femeninos, que igual se prestan a sugerir un original modelo rubeniano, personificando al arcángel Miguel, marcial y altivo, que resultarían adecuados para inspirar cautivadores «motivos pictóricos» de índole profana: las heroínas del Rhin legendario, walquicias mitológicas resurgiendo de wagnerianas fantasías, pletóricas de irisaciones vigorosas. Escisión de una deidad indefinible, entre gala y teutónica, suave y recia, que hablaba a los sentidos hondamente.

—¡Oh, tú, mujer, que al mundo enloqueces y enajenas!...

Declamaba, remedando la estrofa pasional de cierta canción galante, a la sazón puesta muy en boga en los programas de cabaret.

Morena, con ese matizado comparable únicamente al oro viejo desprovisto de brillo y como denso, recubierto de su propia magnificencia insuperada. Carne de placer, viviente reclamo erótico, que el ropaje levísimo, aun más relievaba en vez de recatarle.

A partir del primer semicongresillo con ribetes ateneístas, mediante el cual fueron inaugurados los su-

pradichos «jueves de Odette», declaróse sin reservas Ivonne, partidaria acérrima de la soberanía feminista, aplicada en todos los órdenes y en contraposición neutralizadora, frente a los desmanes masculinistas, que siglo tras siglo, sojuzgan el plácido amor por que debieran entre sí relacionarse los pueblos todos.

—¿El hombre? ¡Siempre el hombre, intimidador y brusco—comentaba con vehemencia,—el hombre, envilecido de su poderío arbitrario, fuerza brutal y gladiosa, sólo atenta a ir acumulando músculos acéreos, con que acrecentar sinnúmero de enormes máquinas destructivas! Falsa la civilización remota y moderna; fementidos y sarcásticos cuantos derechos y códigos empíricos invocaban los perpetuos centauros disfrazados con piel de mansos recentales.

Sobre la frente de cada hombre aleteaba—según Ivonne—un espíritu fatalista, exterminador por atavismo, y que soñaba en hacer cabalgar sin tregua por toda la faz de la tierra, los cuatro jinetes del Apocalipsis, describiendo desenfrenadas carreras, como las célebres cargas de los ulanos en Alemania, las famosas batidas de los cosacos moscovitas y las rudas embestidas de los jinetes del Rif...

—Las naciones, recogidas por el hombre, median su prosperidad recortando sus armamentos... Y por un solo poeta, romántico pacifista excepcionalísimo, a miles cabría sumar las legiones de guerreros en perdurable tensión belicosa. La historia universal, habíanla escrito ellos, aflorándola con sangre y fuego, humo negro de hogueras formidables y pestífero tarquín de un incesante diluir de lágrimas: fatídica, macabra caza de hombres, llevada a cabo bajo el imperio del varón endiosado y necio, que jamás supo resistirse al espectro indesvanecible de Marte... La fusta del tirano constituyó el emblema único del masculinismo feroz.

Aquí resonó unánime, clamorosa, la ovación del pleno feminista en la asamblea de «los jueves de Odette».

—Bravo, bravísimo, ¡mudho y bueno!...—coreó la concurrencia.

—Dejadla que prosiga; bien por la oradora.

Nadie reparó en que el gatito pardo, instalado en el anchuroso palco del alero fronterizo, habíase agazapado flexando sus cuatro patitas en actitud reposada.

—Gracias, mis bondadosas compañeras; mas no quisiéra yo abrumar vuestra amable atención—apuntó con forzada modestia Ivonne, harto enardecida y satisfecha del halagüeño giro que tomaba su improvisado platicar.— Os decía, que el hombre representa el prevalecimiento de la fuerza, a través de las más indistintas y lejanas épocas; la mujer, por el contrario, sintetiza el sentimiento exquisito, que emana de los puros anhelos de su alma, para el amor creada. Yo admito en la opinión que debieran merecernos los hombres, dos fases únicas, fuera de las cuales no cabe estudiar su positiva personalidad. Como individuo, el hombre puede a lo sumo aspirar a obtener una reputación mínima: la de ente inútil y en lo posible, inofensivo... Juzgándolo en sentido integral respecto de la organización social, el hombre sintetiza todas las plagas, azotes, miserias y calamidades que affigieron a la Humanidad desde que el mundo es mundo. El hombre es un monstruo que ora inspira horror, ora desprecio.

—¿A qué es debido, pues, si puede averiguarse, que tú aceptes los homenajes de tantos admiradores como a menudo mariposean en torno a ti?—objeta una de las concurrentes.

—Perdona que considere tu pregunta ajena a mi objetivo en absoluto. Bien pulsado, el hombre cabe que resulte un bello juguete de placer. Ya que, aceptándole así, correspondemos al mezquino concepto de muñequitas carnales y sin alma, que ellos de nosotras se han forjado... En plan de amar, son siempre niños caprichosos y alocados, menores perpetuos, enteramente irresponsables del daño que infligen. Y si en efecto, les damos la razón mostrándonos «muñecas», ¿qué de extraño tendrá que nos destrocen? Mas, si por lo contrario, sabemos conducirnos «a lo mujer», el «niño» nos suelta y abandona temeroso, o nos abraza rendido y admirado.

—Para que los grandes éxitos femeniles culminen, la incógnita estriba en no conceder nosotras excesiva importancia, a las vanaglorias de que hace gala el donjuanismo pueril y estulto. La soberbia de los hombres sólo dura el tiempo que quieran las mujeres concederle.

—¡Pido la palabra!!!—detonó, airada, dirigiéndose a Ivonne, cierta damisela esmirritada, quien por insigni-

ficiente había permanecido hasta este momento desapercibida de todos.—Pido la palabra para protestar de los conceptos ofensivos que la señorita Ivonne prodiga a manos llenas en desdoro del sexo masculino, al cual pertenecen gran número de compañeros de estudios, que por su condición de camaradas nuestros, merecen toda suerte de exquisitas atenciones. ¿Qué ocurriría si más de un galán se enterase de las enormidades que aquí están subvertiéndose, a ciencia y paciencia de un auditorio que tiene el deber...

—¡Fuera, que le corten el pico a esa tortola!!!

—¡Que la amordacen!!!

La incipiente mujercilla, azorada, no podía explicarse cómo su interrupción hubiese podido alterar de modo tan inopinado el orden de los acontecimientos.

—Pero si yo no quería más que imponer sobriedad—murmuró, acongojada.

—Ea: adelante con los faroles—vociferó otra de las concurrentes.—No se admiten interrupciones; en todo caso que se reserven los diálogos para después.

—Sí, sí—insistieron varias:—terminado el asunto, y adelante con los faroles.

—Los faroles aquí sois vosotras—replicó, amostazada, la interruptora,—vosotras, que aceptáis sin discernir cuantos disparates os está ensartando esa parlanchina.

—¡Que la expulsen!—clamó a coro la concurrencia.

—Orden señoritas—intervino Odette, conciliadora.

—Bien: orden y que se apacigüen los ánimos.

—Dase por suficientemente solventado el incidente?

—Se da.

—Por mi parte, más que cumplido—resumió Ivonne, acompañando al tono afectuoso de sus palabras, un expresivo gesto indulgente.

II

Poco a poco, los «jueves de Odette» derivaron hacia un plan de mayor transcendencia emotiva. Las pláticas frívolas, de mero pasatiempo, dejaron franco paso a las disertaciones sesudas y complicadas, cuyo estudio requería equilibrar el cerebro, amoldándolo a un orden de ideas superior y plausible.

Donosuras, habilidades, ingenio, alguna que otra invocación melancólica, concatenando experiencias y desencantos que de vez en más, sugerían urdidumbres de fugaces desfallecimientos espirituales.

Y no había que extrañarlo, puesto que al fin juventud es segunda infancia de la vida... Y las decepciones saben a hiel, cuando en ellas liban labios reidores y sólo avezados a saborear golosinas amillaradas.

A todas horas, sonaban allí esas dos palabras pronunciadas con arroboamiento indesistible, desde que el mundo es mundo : felicidad y amor. A la felicidad por el amor. Una vida forjada siempre en la misma quimera deslumbrante, bajo los mismos auspicios de esperanzas y promesas, que luego se esfuman como nubes de incienso, sorbias por la inmensidad de un mar sin costas, ni vislumbres limitados.

¿El amor? ¿Y en la Francia actual?... ¡Pobrecillas divagadoras que frecuentabais los «jueves de Odette», cuán bien hicisteis en escoger vuestra profesión futura matriculándoos en la «escuela» del comercio! He aquí un símbolo. Fundid vuestro cometido del mañana, vuestra carrera de contables, de calculadoras, o profesoras mercantiles ; añadid a eso vuestras inquietudes de amor, y sin gran esfuerzo imaginativo obtendréis la exacta resultancia, de cual cosa exigua sea la realidad de amar...

Aquí, la noble Lutecia, donde hasta el matrimonio cabe anularse mediante el divorcio sistemático, y nue-

vamente volverse a efectuar. Donde se escamotea el fruto natural, hurtando la prole legítima a la gran nación, que decrece y se extingue, abatida bajo una enorme laxitud. Donde, en fin, se menciona sin rubor el célebre *ménage à trois*...

III

Llueve copiosamente. Bajo la tamizada penumbra que expande la tarde nublada, y emergiendo sobre la espejada superficie de la *rue*, los edificios cobran romántico aspecto de palacetes venecianos.

Por la ventana abierta penetra el tropel de rumores callejeros. Ese singular sonido vespertino precursor de la noche que se aproxima.

Los vendedores de diarios pasan a escape, como si alguien les persiguiera, pregónando a gritos desaforados sus mercancías. Cuando se alejan, creyérase que demandan auxilio :

—¡El diario de la noche! ¡Con las declaraciones del ministro de la Guerra! Detalles del último combate. Lista de muertos y heridos...

—¡El último combate!... El más reciente, sí, pero el último... sabe Dios cuándo llegue a producirse.

—Con vuestro permiso—propuso Odette,—voy a leeros una extraña gacetilla, que ayer me llamó poderosamente la atención. Trátase de cierto mutilado de la guerra, a quien su buena madre pretende buscarle esposa. Una esposa que, dadas las condiciones físicas del presunto candidato a marido, sea todo menos lo que su nombre en apariencia indica. Esposa de un tronco humano sin brazos ni piernas.

—No sería yo, quien apechugara con semejante preciosidad—contestó Ivvonne.—Dado que con sólo «uno» haya como para apaciguar el apetito, al menos que no nos esquilmen a tal extremo la ración cupidíca.

—Eres terrible, diablejo de mujer.

—Di más bien, que el caso sea horroroso de suyo. A más de que andarme a mí con un pedazo, cuando los requiero íntegros y cuanto más buenos mozos, mejor...

—Así fué este pobre mártir, según reza el informe.

Malogrado muchacho, a quien la horrible tragedia arrebató sus más irresistibles encantos.

—Hablas con una volubilidad pasmosa, con una inconsciencia sacrilega. Cualquiera juraría que ya te sientes enamorada de tu desconocido sin brazos ni piernas. Y el amor no es eso. Las románticas improvisáis una quimera de amor que dista como un polo de su antípode. El verdadero amor rezuma, embriaga, se desborda copioso, entra por los ojos y estalla en los sentidos. Y a mí que no vengan con la estúpida ficción de la «caridad de amor», ¡amor dé amar! Otra cosa fuera defraudar nuestra juventud, flagelar nuestra carne, y malversar nuestra sangre, que fluye a raudales como las chispas de una hoguera. Sois poco comprensivas las mujerucas ensofadoras: ¡ea, no sabéis más que marrulliar tonterías! Empeñarse en «pasarlas negras» pudiendo combinarlas una, sino de color de rosa, sí al menos de vividos matices, que alegran y engalanen los monótonos caminos de la existencia.

—¿Has acabado ya?—suspiró Odette.

Y recogió de sobre una mesilla de laca el número del *Figaro*, objeto de tan apasionados comentarios. Fué desenvolviéndolo lentamente y añadió en tono melancólico:

—Yo no incurro en el renuncio desatinado, de no suponer a toda empresa magnánima su natural esfuerzo íntimo... en la lucha abierta contra el egoísmo, que pide deleites y placeres en vez de austeros sacrificios. Evidentemente, la sola idea de ligar nuestro corazón joven y fecundo, a ese feble cuerpo anquilosado y vencido, pre-dispone a una secreta repulsión que se encrespa y subleva contra la voluntad heroica, soliviantando el ánimo... Escucha.

Y procedió a leer la gacetilla lacónica y justa, como plegaria de mística piedad:

«Dotaré con 2.000,000 de francos a señorita joven, y que, habiendo recibido cristiana educación, acceda a desposarse con mi desventurado hijo, el cual, víctima inmolada en uno de los más crueles combates que sufrió nuestro territorio nacional, halló la consagración a su heroísmo, perdiendo sus brazos y piernas, y viéndose, desde entonces, constreñido al martirio horrible, que su-

pone vivir como un pobre fardo exánime, en apariencia, pero que piensa, sufre y le es dado aquilar toda la inmensa tragedia de su vida truncada y pavorosa.

—La dote que ofrezco, no la brindo en concepto de remuneración ni de premio, intentando poner precio en vano a una inefable limosna de ternura, que sólo Dios puede aureolar envolviéndola en los efluvios de la suprema gracia que está a los bienaventurados reservada....

Un silencio unánime acogió con esa recóndita emoción muda, que pone sordina en los labios y livor en las mejillas, la patética lectura.

Odette prosiguió:

—Mi hijo fué un gentil y gallardo francés, perfecto dechado, varonil, pulquérrimo, prototipo de verdadero parisien, alegre y cautivador. Cuando le sobrevino la desgracia irreparable de su mutilación, no quiso ya regresar a la ciudad espléndida y deslumbradora, que guarda como un cementerio sus más preciadas y muertas ilusiones.

Suspensió deliberadamente los restantes pormenores, sólo referentes al sistema de correspondencia indicado para cursar las aceptaciones, que la supradicha gacetilla originasen. Pasó por alto el final, desprovisto de interés emotivo, e irgiéndose, dirigió su mirada serena hacia Ivonne.

—También las feminidades rudimentarias e inferiores tienen sus momentos de lucidez espiritual! Ivonne habíase inmutado visiblemente. Corroborábanse las bellas facciones, agudas y estilizadas, como se dilatan las flores bajo la luz cenital del sol en primavera. ¡Ah!... ¿Por qué estos instantes de predominio sublimador, serán tan fugaces y exiguos?

—¿Qué opinas?—le interrogó, esperanzada, Odette. Antes de responder, pareció reaccionar, despertar de un éxtasis, revolverse y desentumecerse desperezadora.

—Opino que todo esto es tan sugestivo como impracticable. La heroína que ceda a comprometerse en tanma aventura, no calcula lo abrumador del peso enorme que se acarrea. Y día ha de llegar en que, arrepentida de su propio afán temerario, emprenda el tortuoso sendero de las infidelidades solapadas. Más que por impostura anímica, el contingente mayor de mu-

jerés que engañan o defraudan a sus cónyuges, arranca de iniciaciones erróneas, sustentadas con la mejor buena fe y ajenas absolutamente a toda previa intención de claudicar a posteriori. E insisto en mi punto de vista único, de acuerdo con los preceptos inalienables que impone la ley natural. Por cada mujer sana, fuerte; a cada mujer joven, normal y equilibrada, un hombre que compendie iguales cualidades, que culmine a su misma altura equitativa. Lo demás fuera absurdo, temerario. Ni hay que hacer literatura barata, a trueque de anteponer a la naturaleza imperiosa, las arbitrariedades vaguedades sugeridas por un cerebro enfermo de fantasmagorías.

Hizo una pausa y miró en rededor suyo. Todas sus amigas callaban, adoptando la actitud sumisa que observan los auditórios adictos. Quiso entonces descifrar la expresión reveladora que acusara el rostro siempre bello pero al mismo tiempo enigmático de Odette, y lo halló impenetrable, hasta un si es, o no, duro y como descontentadizo. Levantó los hombros y reanudó el diálogo, el diálogo que a fuer de largo, iba resultando cual siempre monólogo académico:

—Y a este respecto, quizás hayáis oido mencionar el singular caso histórico que los anales del gran mundo registran: se cuenta que un ministro de Enrique III contraíó matrimonial enlace en Ginebra, a la edad de 77 años, con una niña de 10, seducida—como es de suponer—sólo por el rango y la fortuna que aportara su galán. El pastor protestante que les unió, tomó como tema de su plática las palabras de la Pasión: «Señor, perdónalos porque no saben lo que se hacen»... Y en efecto: tal es el trance de cuya disyuntiva intentamos encontrarle solución satisfactoria. Quien arrostrase aceptar por esposo a este mutilado de guerra, ¿no es cierto que haría acreedor a que le fuese aplicada la moraleja contenida en la supradicha plática, tan sabiamente humorista? A menos que los 2.000,000 prometidos estimulasesen a representar una a modo de comedia, ciertamente más que pérflida, piadosa... ¡Ah..., la inmensa filantropía que atesoran cuantas mentiras de amor proferimos!...

Nada más tuvo a bien objetar Odette. En aquel momento, deslizáronse monocordes nueve campanadas, que

el viejo Cronos, desde su alto pináculo de la catedral, expandió por todo el ámbito de la ciudad. Era llegada la hora convenida para emprender el retorno a sus hogares la tropa femenil.

Cuando quedó sola en su aposento, Odette apresuróse a recoger de nuevo el periódico; copió con esmerada claridad el número de lista de Correos que la gacetilla expresaba y se ensimismó escribiendo una larga misiva epistolar...

IV

Frédéric, inmóvil en su «marquesa», espera el temido y ansiado momento transcendentalísimo, que ha de decidir su extraña suerte.

—*Oh mon Dieu!*... ¿Será posible que una mujer realzada con tan excepcionales cualidades se hubiera enamorado así?...

Y en su imaginación, deslubrantes, fluctuaban los pensamientos con giróvago revolotear de mariposas, atraídas por fulgidas luminiscencias de un ensueño fabuloso. Dábala por suficientemente conocida y estereotipada, a través de los relatos que se complacían en hacer de ella la madre santa y el primo René.

Desfallecía, sugestionado alconjuro de sus propias ideas, que le mecián, acunado en un perfume languidecedor, aroma femenil, embrujamiento de carne presentida, tibia y rosada, invitando a todos los sentidos, convergentes en la única sensación que hace la vida digna de ser vivida. Célica, diabólica, se la representaba y la veía, vaya si la veía. ¡Se la habían descrito tan bien, tanto su madre como el primo René! La ataixia permanente, la quietud perenne de su cuerpo, sujeto por ancha correa tensa que lo mantenía adozado al respaldar de la butaca, como aparecen los reos de muerte atazazados al recio madero, donde el fracaso de todas las teorías utópicas de humana regeneración consume el postrimer crimen legal, dábale aspecto de un pelele trágico, uno de aquellos mufiecos que el crudo realismo de Edgar Poe y Oscar Wilde pictorian en sus admirables aguafuertes narrativos y espeluznantes.

Acabó el imperativo de su sino; día tras día, fué cada vez resignándose a su desventura irreparable y el cerebro comenzó a recobrar acompasado ritmo, cual esas máquinas de reloj, que tras de haber sido lubrificadas, vuelven a deslizar sus dentadas ruedecillas.

Desde la nuca al coxis ardíanle vibrátilles todas las vértebras, cada espondil era un resorte sutilísimo teniendo a extremar el gran enigma de las voluptuosidades mentales. Después de amputados sus miembros locomotores, y tras de haberle segado los brazos, alas de luchador en plena mocedad bravía, fué tan continuo, prolongado y excesivo el suministrar de reactivos y tópicos poderosos que operó en su naturaleza el portento de resucitarle, depurado y como henchido de una exuberante vitalidad. Desapareció el livor facial de exangüe precadaverismo y sobrevivieran casi sin transición perceptible, oleadas de sangre, inundando las mejillas, fuentes y demacradas aún con esa gualdez congestiva que amenaza apurar la existencia prendida de un hilillo frágilísimo.

Se sintió más que nunca fuerte en su inmutabilidad de estatua viva y viril. Indómita, impulsiva bravura de bestia encadenada. Afioró su libertad perdida por siempre y se rindió a la nostalgia cruenta que inspirábale recordar sus fueros rotos, pisoteados, imposibles de recuperar. En una crisis de feroces rebeldías inconfesadas, que la castidad perdurable, la abstinencia tenaz agudizaba, hubiera sucumbido si en su auxilio no acude presto la engañosa fábula de un amor de mujer inveterosimilizado, incongruente, pero que su pobre credulidad de niño enfermizo aceptó sin discernir...

Renació a una nueva vida, que sin igualar a la normal, se le asemeja en gran manera. Ciento que no vivía por sí mismo, pero vivía con la ayuda de los demás. Desde su sitial suplicitorio, veía, escuchaba, tomaba parte activa en el movimiento ajeno como esos espectadores que desde la platea de un teatro acaban por identificarse con los episodios que van sucediéndose en el escenario.

Las fibras invisibles del destino tejían en rededor suyo un paraíso artificial, nuevo mundo de sensaciones desconocidas, en cuyo espacio constelado de quimeras, sabíase amado y compadecido de propios y extraños, y no con compasiones que humillasesen, commiserativo tributo, fervido homenaje al héroe roto y despedazado, pero sin mácula; reliquia superviviente, inmortalizada, resurgiendo de un cataclismo memorable.

La madre, comprensiva, rodeábale de exquisitas ter-

nuras. Hablando el sin igual lenguaje materno y cariñoso, como cuando era infante, como cuando fué párvido. Coloquios acariciadores quedos y místicos, musitados junto al oído. Y el héracles inerme, infantilizándose bajo el amparo de aquellos ritos de infable suavidad desvanecedora. Cadencias, arrullos prometedores. El mismo modular mimoso emergiendo del antaño lejano: antes, anunciando el arribo de juguetes cuando era llegada la festividad de los Reyes Magos, ahora, presagiando venturas, si sabía comportarse como bueno, no impacientándose en demasiá y sometiéndose a la suprema voluntad divina:

—Vendrá de un momento a otro; está por llegar.

—Pero es verdad que me quiere?

—Con toda su alma, hijo mío, con toda su alma.

—Dadme agua, tengo sed.

El primo René se paseaba de un extremo a otro sin poder refrenar su acervo desorden mal disimulado. Presa de extraña agitación, que se resolvía en brusco deambular inconsciente.

—Siéntate, me mareas. Todo, hoy, exacerba mis nervios; perdonadme.

Bajo la correa tensa, crujiendo peripatética, alentaba disneica la respiración aflautada del mutilado.

Mientras, escalera arriba, deslizándose una deliciosa silueta de mujer, que se creería escapada de clásico estudio rafaélico.

Avanzó decidida y empujó el botón del timbre.

—Aquí, señorita, si usted gusta.

Tenía Odette la cohibición inevitable de la primera entrevista, siempre embarazosa..., mas no supo o no pudo substraeirse a la sorpresa que le producía descubrir bello, simpático y noble un rostro que ella imaginó repulsivo. Y es que al atisbo de tan espantosa tragedia, no cabía suponerle, sino surcado de cicatrices, deformando monstruosas la tez morena, bajo el cabello abundoso de un negro azuleante.

Bajó la mirada obsesa de los grandes ojos grises, en vez de amilanarse, se repuso y los afrontó con brío... Ambos se correspondieron comportándose intrépidos, desafiando inútiles rodeos, que hubieran entorpecido la difícil situación, de antemano despejada ya, por mutuo pacto de sus almas bien dispuestas.

Por otra parte, Frédéric, en vez de aparecersele tránsido y glacial, interpretando el verdadero papel de abatimiento, que era lógico representara, mostrábbase expansivo, insinuante, favoreciendo con donaire la fluidez espontánea del coloquio sentido y delicado.

La voz velada, pero recia del varón, resbaló por la epidermis rubuosa de la mujer adorada, cual si un contacto de terciopelo invisible la acariciase, presentándola con ese misterioso magnetismo que exhalan los capullos aurorales.

¡Tantos hombres habíanla homenajeado!... Y ¿por qué ningún acento halló eco y sonoridad en el fondo místico de su alma virgen cual éste de ahora?

Odette sentíase dominada y poseída espiritualmente bajo el dosel ígneo de aquel platicar fogoso.

Entretanto, doña Luisa—madre del mutilado,—la que fió al reclamo de una gacetilla periodística el porvenir de su hijo; gacetilla ingenuamente entreverada de sentimentalismo y sobornabilidad, impetrando «caridad de

amor» y prometiendo al propio tiempo millones..., temblaba ahora ante las dudosas consecuencias que de su piadoso intento pudieran derivarse.

Cazar una nuera, mediando el nada desdeñable señuelo de los 2.000,000, era empresa, hasta cierto punto, fácil. Pero que ambos candidatos al matrimonio simpatizaran recíprocamente y, sobre todas las cosas: que, ¡el hijo idolatrado no descubriera nunca, nunca, los secretos manejos a que su madre habíase entregado!... preocupaba en gran manera a la dama venerable.

Andando el tiempo, ella, que juzgaba a Odette digna de su hijo, y a éste en iguales condiciones respecto de aquélla, no vacilara en pronosticar miel sobre hojuelas; pero mientras, a las primeras de cambio, ¿quién fuera capaz de adivinar si todo su castillo de naipes tan hábil y pacientemente dispuesto, rodaría por los suelos? Los ojos, las miradas azoradas de la buena señora oscilaban estrábicos de Odette a Frédéric y de Frédéric al sobrino René, quedando largamente posados en este último, cual si quisieran interrogarle: ¿no crees, tú, que estos novios se den calabazas? René, por su parte, sintiéndose incómodamente aludido, rehuía corresponder a tan peligroso intercambio expresivo, y en su actitud parecía dejar traslucir: «Calle, por favor, señor... Ahora el éxito depende de ellos únicamente.»

Mas la realidad encargóse de aplacar el miedo de la buena doña Luisa.

Aquello no era ya un «flirt». Resultaba injusto, irreverente, calificarlo de tal; adquiría la magnitud de un idilio pujante y sublime, que se desbordaba al fundirse en la verbosidad candente y apasionada.

¡Y no obstante, el amor de Frédéric era, como un amor espúreo, amor expósito, amor sin paternidad que lo acogiese y encumbrara!

Odette reparó en la inmovilidad tétrica de aquellos brazos artificiales, que posaban simétricamente en aquellas piernas metálicas, paralizadas, ocultas bajo el pantalón, funda de un mecanismo sin funciones definidas... Y una profunda piedad hizo presa en su ánimo sobre cogiéndola, escalofriándola. ¡Pobre paralítico, pobre mutilado, pobre mariposa humana de las alas rotas!

VI

—¿Qué quieres, si así hubo de ocurrir? Y conste que contribuiste tú, con tus peroraciones exageradas, negando espiritualidad al amor de las mujeres. Quise demostrarlo lo contrario y escribí una larga epístola a la madre de Frédéric. En ella exponía mi firme propósito de desposarme con su desventurado hijo. Créeme, Ivonne, también la mujer conoce la conmiseración en su amor. Nunca pone tanta ternura en su voz como al proferir: ¡Pobrecito mío!... Me seducía vislumbrar un porvenir de reposo, junto al hombre que cifrare en mí la suma explicación de su vivir extático. Me propuse resultar para él la amante extraordinaria, tan fiel y adicta, como imposible de ser poseída..., pero suya, enteramente suya, cautiva y cautivadora, algo así como un ángel tutelar, una enfermera que pudiera besar sin rubor los pálidos labios de su protegido. Pero experimenté de pronto la más turbadora de las decepciones: Al conocerme Frédéric, lo que no expresaron sus labios lo revelaron sus ojos. Mi presencia le incitó a tal punto, que sus primeras palabras brotaron torpes, silabeadas, balbucientes. En mí vió a la hembra, ¡eterna Eva tentadora!..., fruto apetecido, cristalino manantial, suplicio de Tántalo; lo que se contempla cercano y que nunca llegará a ser poseído... No avanzó hacia mí ni extendió los brazos, porque carece de medios para ello, porque no puede obrar de modo distinto...

Extinguiéronse las posibilidades sin abandonarle los deseos. Me ama y me necesita, me necesita para no cesar de sufrir, pero para sufrir de modo distinto, sirviéndole yo de compañera en su perpetua tortura.

—Y te atreverás a tanto?—repuso Ivonne.
—Me atreveré, estoy segura de mí misma.

VII

Menudearon las entrevistas entre los prometidos. Entrevistas de marcado carácter oficial, puesto que en ellas tomaban parte doña Luisa y el primo René. Este y Odette mantenían vivo el interés de todos los coloquios, llenos de un a modo de espumoso hervor de felices ideas, que permitía renovar con profusión inagotable los temas a tratar durante tantas tardes consecutivas.

No obstante, a la vuelta de algunos días, Frédéric convocó a capítulo a la madre y al primo. Hízoles tomar asiento junto a él, y tras de titubear antes de decidirse, les dijo :

—A menudo en mis interminables noches de insomnio, se me ocurrió pensar en que la sensualidad y la ambición son las dos únicas, enormes palancas capaces de desquiciar y transfigurar al mundo. La primera queda descartada al contemplar mi quebrado airón de galanteador maltrecho..., en cuanto a la segunda, mi *gorila*, el *orangután* de mi egoísmo, sugiéreme bondadas inquietudes...

—Eres rico—susurra al oído,—como a tal te consideran todos. Todos y ella... En cambio, Odette resulta tan pobre... Pequeño esquife que surca el mar proceloso. Tu fortuna, tus bienes cuantiosos, ¿no significarán para ella, nao providencial a cuyo amparo atráigala el destino?

René le atajó indignado :

—No retóricas, no fragües lapidarias frases impropias de tu hidalgüía, al abrigo de cuyas sospechas brilla integró el bello gesto de Odette.

—¡Gesto!... Tú lo has dicho: no más que un bello gesto.

En vano se trató de desvanecer sus escrúpulos. Y cretando su punto de mira tenaz y empeñado, recabó Frédéric le ayudasen a representar la prueba simula-

toria de una aparente ruina, merced a lo cual poder deducir cuáles fueron los móviles que indujeron a Odette, para que así, con tanta facilidad inexplicable, atara su vida por siempre...

—Eres un quijote, muchacho, eres un quijote. ¿Quién te mete en estos lances escabrosos? Acuérdate del «Curioso impertinente...»

Pero, al fin, cedieron. Cedieron porque les venció la crispación del rostro, el palor, el rictus de inmensa pena, transido de amargura. Y la comedia se representó.

VIII

Al filo de la media tarde acudió la mujercita primaveral, efluvio resplandeciente, aroma intenso a carne rosada y espíritu refinadísimo. Todo eso y aun mucho más ditirámrico y portentoso atesoraba mágica ella para él. Lo cual no impidió que el sitio ocupado cada día por Frédéric apareciese vacío...

—No te extrañe ni te alarme—aclaró doña Luisa, visiblemente preocupada.—Está con su primo allá dentro y pronto te recibirá.

Odette adivinó en la respetable señora un desusado interés misterioso, que pugnaba por expansionarse sin hallar forma adecuada y se apresuró a brindarle ayuda:

—Está usted contenta de mí? Recorramos juntas, unidas—como la madre y la hija que una en otra se apoyan complacidas—el jardín dilatado de nuestras esperanzas... ¿De veras no le ocurre tenerme que confiar nada?

Aquel insinuador acento conmovió en lo más hondo el materno corazón de la anciana..., pero recordando que tras las vidrieras del aposento contiguo espiaba anhelante el pobre vástagos, cuchillo y segado, reaccionó sobre sí misma y respondió:

—He de comunicarte una infiusta nueva, hija mía: Al opulento patrimonio de los Sirvual sobreviniéronle mermas considerables al estallar la conflagración europea. La depreciación de valores, los impuestos de guerra, el abandono a que relegadas quedaron grandes áreas de fértiles heredades, acabaron de consumar nuestro desastre económico. Derrumbóse nuestro inmenso poderío de Nababo fabuloso en cuya historia extraordinaria—tan a menudo comentada por el asombro popular de varias generaciones parisinas,—barajábase el nombre de la duquesa Gonzar, célebre por sus ostentosas elegancias, sus cabellos rubios de un tan extraño matiz

que merecieron ser calificados: «caballero de lujo», al decir de los revisteros de salones..., y su colección de brillantes de un fulgor y tamaño inusitados. Todo aquello se atascó hundiéndose en un terreno pantanoso, donde los débitos crecían y las rentas amenguaban cada vez más. Leyenda de hadas constelada de riquezas y blasones que el tiempo borrando fué con impasible mano.

—Frédéric es un inválido pobre... Mi experiencia, mi edad provecta, mis deberes de madre, obliganme a revelarte el verdadero estado adverso en que nos hallamos sumidos.

Detúvose la anciana, y hubo momento que en la estancia sólo pudo escucharse el acompasado ritmo del péndulo sobre la añosa cónsola.

Odette irguió su faz serena.

—¿Qué va usted a preguntarme si desisto? Pues bien, señora; como quiera que no estimo el mérito de mi prometido por su valor pecuniario, si de mí sola depende, hónrome aceptando el plazo, lo más breve posible, que ustedes se dignen disponer para la celebración de nuestros espousales.

Frédéric callaba y veía, anonadado, ¡veía!... La reciedumbre del cortinón espeso no fué bastante a evitar que Odette escuchase algo así como un confuso rumor que se asemejaba mucho a un reprimido sollozo.

IX

La boda se efectuó... El injerto canónico de aquellas dos vidas asimétricas se produjo, pero un tálamo glacial y enigmático guardó incólume el secreto de las almas, que, cubiertas de azahar, ofrendáronse a Dios...

Ante los *novios* desfilaron, entre otras, muy pocas concurrentes al efecto invitadas, Iyonne y la menuda Marión, antiguas contendientes en las polémicas de «los jueves de Odette». A Frédéric, contadas, lacónicas, escasas «cosas» le dijeron. Los parabienes formularios, las frases de rúbrica, manidos y rebuscados tópicos... En vez de fiesta jubilosa, la ceremonia nupcial trocóse en un trazo hondo y sangrante, patentizando la barbarie de los pueblos, que resuelven sus diferencias y rencores inmolando a sus propios hijos...

Desde el oratorio particular, al comedor íntimo... Llegada la noche, dos sirvientes trasladaron al mutilado a su lecho y lo cubrieron con la sábana bordada con las iniciales entrelazadas de los esposos.

Sola ya Odette, solos ya los dos, la mujer habló al hombre con lenguaje inenarrable de supremo cariño compasivo. Y fueron sus palabras cariciosas bálsamo de ternuras inefables, que hicieron fluir lágrimas acerasas. Luego posó sus labios en la frente cálida, abatida y humillada del postrado mártir.

* * * * *

Silencio y tinieblas nocturnas. Anómala situación de un fingido reposo que las meditaciones compartidas entre los dos amantes, más divorciados que antes, ahora, cuando la realidad desnuda sus almas y los enfrenta... hace imposible conciliar.

Noche de boda y noche sin pasión. Dos camitas próximas, pero ajenas la una de la otra. De pronto, un gemido ahogado.

Odette, la inmaculada, la santa conantidad altruista, pulsa el resorte de la luz, salta ágil de su lecho, se precipita, se abisma sobre las mejillas lacrimosas, las cubre de besos, besos en la frente, besos en los párpados, besos en la boca. Y labios con labios quedan ungidos...

EPÍLOGO

A partir de entonces la odisea cobró aspecto languidecente de ocaso irretareable... Pausada, lentamente, declinando fué hacia su fin la indecisa lucecilla, que sólo por un arcano del destino mantúvose encendida más tiempo de lo que era de esperar. Aquejóle la invencible melancolía que se apodera del ánimo cuando lo eterno va aproximándose para solicitar lo que suyo es. Un día fueron confusos indicios solamente; otro, síntomas más perceptibles que infundieron sospechas...; más tarde, la persuasión, la alarma premiosa, llamando a las puertas del hogar.

Frédéric estaba enfermo de una de esas dolencias espirituales, saudades, para las cuales la ciencia humana guarda tan gran acopio de vagos denominativos, pero cuyo remedio curativo no halla fórmula eficaz en los tratados falaces de la novísima terapéutica.

Un misterioso proceso de necrofilia endémica iba extenuando, empobreciendo, diluyendo sus ya de suyo exigüas resistencias naturales. Prescribieron los médicos distracciones, muchas distracciones, sin dosificación limitada. ¡Y los ojos mortecinos del incurable miraron a lo alto, hacia el infinito!

—Frédéric, Frédéric, ¿qué miras, qué piensas? ¿Por qué te quedas así?... ¡Pobrín de mi alma! ¿Qué tienes, que no me contestas?

A través de las tupidas celosías de sus pestañas negras, el inmenso azulear del cielo se reflejó más diáfano que nunca, más esmeraldino que siempre, más hondo y distante...

De la anchurrosa mansión de los muertos, del último confín de la ciudad poética, del cementerio de Montpellier, regresa la fúnebre comitiva, que allá deja solitaria.

rio un sepulcro guarnecido de flores. Bajo las siempre-vivas queda recatada una inscripción: «Frédéric Sirvual, víctima de la guerra».

Cabeceaban los espaciosos landós en las curvas del camino. La hilera interminable de coches se quiebra y vuelve a rectificarse describiendo caprichosos giros.

Dentro de uno de aquellos coches germinan simultáneos tres pensamientos, que el eterno epitalamio, cántico a la vida, la voz de la especie inspira: Odette, la viuda virgen, evoca a René y advierte que es guapo, simpático, bueno, inteligente. René, por su parte, medido a los vaivenes suaves que imprime la marcha lenta del vehículo, reconstruye imaginativo su vida sigilada, etopeya, que jamás osara confesarse a sí mismo, pero que el sin ventura de Frédéric supo inconcebíblemente adivinar aquella hora en la que el moribundo decíale: «Lo mío fué una utópica quimera, desvarío de ser enfermizo y desequilibrado. Tú y ella sí que podéis amaros. Acógela tú que eres fuerte, como ella, más débil que tú, intentó ampararme a mí...», y sueña despierto en una bella añoranza de amor, que la ropa luctuosa de Odette, junto a él reclinada, no logra disipar. Doña Luisa, pese a su dolor que la abierta herida reciente agudiza, reflexiona al contemplar ante sí, juntos, a los dos jóvenes, unidos por un infortunio que fuera en vano pretender remediar ya.

—Serán felices...

Allende, atrás, muy lejos... impelidos por la brisa, cimbrean sus copas hacia los cipreses.

LA NOVELA FEMENINA

Año I / Núm. 17

Maria del Amparo Borrás

Entre las mujercitas — las muchas mujercitas — que ascienden penosamente el Calvario de los novelas, destácase con trazos vigorosos como la enhiesta y bermeja amapola sobre la verde gama de los prados, una muchachita jovencilla, grácil, sugestivamente bella y toda alma, tal es de sensitiva y delicada.

Maria del Amparo Borrás—que a ella nos referimos—hace en la literatura sus primeras armas y marcha afirmando su paso seguro por la espinosa senda, deseosa de llegar a esa meta en que la gloria aureola a los que la alcanzan.

Maria del Amparo Borrás es zamorana y su estilo es a veces vigoroso, recio, que ello lo da el carácter de su tierra leonesa; pero esa reciedumbre de su prosa la suaviza, la dulcifica, con la ternura que en ella pone, influenciada quizás por la maga pluma de Concha Espina, y a fe que no reputamos pecado el seguir las huellas de la egregia montañesa, pues camina a seguro puerto quien fija sus ojos, dirigiendo su nave, en los destellos luminosos del faro que alumbría el cobijo acogedor.